

NATALIA GINZBURG

SERENA CRUZ
O LA VERDADERA
JUSTICIA

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE ATALAIRE

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Serena Cruz o la vera giustizia*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1990, Giulio Einaudi editore spa, Torino
© de la traducción, 2010 by Atalaire:
Mario Grande y Mercedes Fernández Cuesta
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de la fotografía
Audición musical durante una Misión,
Misiones pedagógicas (1932-1933), de autor desconocido

ISBN: 978-84-92649-29-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 1161-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

De Serena Cruz y sus primeros padres adoptivos se habló mucho la primavera pasada. Ahora, en estos días de finales de diciembre, el caso se ha reabierto. Dicen los diarios que quizá su primer padre adoptivo no mintió—como afirmaban los jueces de menores—ni cometió fraude de ley, porque parece haber pruebas de que es el verdadero padre. Dicen los diarios que, si es así, deberán devolverle la niña que le quitaron.

Meses atrás, cuando me puse a escribir este breve libro, no conocía a los primeros padres adoptivos de Serena Cruz, ni los he conocido hasta hace unas pocas semanas. En nuestro encuentro, que duró varias horas, hablamos únicamente de la niña y sus desgracias y sufrimientos de este último año. No pregunté nada sobre los hechos anteriores al nacimiento de Serena por temor a parecer indiscreta.

De todas formas, con independencia de quién sea el verdadero padre de Serena Cruz y cómo les vayan las cosas en adelante a la niña y los suyos, hay mucho que comentar de las distintas reflexiones vertidas sobre este suceso, incluidas las mías.

La historia de Serena Cruz, tal como me he informado por los diarios y por noticias sueltas, es la que a continuación se relata. Sus padres adoptivos, declarados ilegales, dan una versión totalmente distinta de la que a continuación expondré. Yo doy la versión de la que me he enterado por los diarios y que me ha suscitado algunas reflexiones. Para ordenar estas reflexiones y contar lo que fui sabiendo, poco a poco, me atengo a cuanto leí la pasada primavera y más exactamente en el mes de marzo, cuando se empezó a hablar y discutir sobre el caso de Serena Cruz.

La versión que dieron los diarios es la siguiente.

Serena Cruz nació en Manila, en las Filipinas, el 20 de mayo de 1986. La encontraron en un contenedor de basura. Apenas respiraba. No está claro cómo se determinó su fecha de nacimiento. Quienes la recogieron debieron de decidir que había nacido pocas horas antes. O quizá localizaron a la madre, que no la quería y la había abandonado. Remitieron a la niña a la beneficencia social y la llevaron a un orfanato.

Año y medio después un ferroviario de Raccogni, Francesco Giubergia, fue a Manila a finales de 1987. Su mujer y él habían perdido un hijo años atrás y no podían tener más. Más tarde adoptaron un niño en Manila. Ahora deseaban adoptar otro para que el niño que ya estaba con ellos en su casa

de Racconigi fuera más feliz con un hermano de su mismo país.

El primer niño, que se llama Nazario, lo adoptaron cuando tenía siete meses. Con ese tiempo pesaba poco más de tres kilos. Estaba aquejado de una enfermedad pulmonar—un hongo en los pulmones, les explicaron los médicos—y descalcificación ósea. Otros matrimonios lo habían rechazado por eso. Ellos lo aceptaron. Una vez cumplidos los trámites necesarios para la adopción, se lo llevaron a Italia, a Racconigi, y allí se restableció por completo. Ahora tiene tres años y medio y crece con normalidad.

Cuando Francesco Giubergia volvió a Manila en 1987, esta vez solo, se enteró de que en un orfanato había una niña en condiciones lastimosas. Fue a verla allí, donde se hacinaban centenares de niños. Nada más verla se juró a sí mismo sacarla de allí cuanto antes.

Francesco Giubergia es un hombre de condición humilde. De haber sido rico, su mujer y él se habrían establecido en Filipinas durante dieciocho meses, como exige ahora la ley filipina a los extranjeros que deseen adoptar un niño. Un requisito legal impuesto por Cory Aquino. Cuando adoptaron al primer niño no existía. Pero ahora sí. ¿Cómo iba a quedarse en Filipinas durante dieciocho meses un ferroviario de Racco-

nigi con su mujer? No tenía suficiente dinero. Su mujer es enfermera en un centro de salud municipal. Se habrían quedado ambos sin trabajo.

Además, les habían dicho que la niña moriría si seguía mucho más en aquel orfanato.

El 17 de enero de 1988 Francesco Giubergia fue a la embajada italiana en Manila y dio parte de la niña como hija suya, nacida de una relación con Marlene Vito Cruz, una chica de Manila de dieciocho años, estudiante de obstetricia. Inscribió a la niña en su pasaporte.

Entregó en la embajada italiana cuatro documentos. La partida de nacimiento de la niña, que la declaraba nacida en 17 Langit Street, barrio de Caloocan, en la zona de Maypajo de la periferia de Manila, de Francesco Giubergia, italiano, treinta y cinco años, funcionario del Estado, y Marlene Vito Cruz, soltera, dieciocho años. El reconocimiento de paternidad. Una declaración de la madre, donde afirmaba renunciar a la niña, declaración autenticada ante un notario, por nombre Sulpicio Benigno. Una certificación del juzgado local con respecto al título de *public notary* del señor Sulpicio Benigno.

Así lo contaron los diarios.

Los Giubergia, según se ha dicho, dan una versión distinta. Francesco Giubergia, cuando estuvo en Manila la primera vez, había conoci-

do a una chica y había mantenido una relación con ella. La segunda vez no había ido allá para adoptar a cualquier niño, sino para llevarse consigo a su propia hija, según se lo había pedido su joven madre. Hoy está en condiciones de aportar otros documentos más que confirman que la niña es su hija. No se había sometido a la prueba de consanguinidad, según le exigieron los jueces, y se había equivocado. Se declara dispuesto a someterse ahora. Su comportamiento con los jueces ha sido el de un inepto y un torpe, pero no ha habido, dice él, ningún engaño por su parte.

El 13 de enero Francesco Giubergia regresó a Racconigi con la niña. Serena Cruz tenía entonces veinte meses. En su casa de Racconigi estaba el otro niño, Nazario. El hecho de que también fuera filipino lo hizo todo más fácil. Serena veía a su lado un rostro que se le asemejaba un poco y se asemejaba a los demás rostros que siempre había visto. Así le fue más fácil entender y aceptar lo demás.

La niña quedó inscrita en el Registro Civil como Serena Cruz Giubergia.

Era una niña gorda, con la barriga gorda. La madre adoptiva, sabedora de sus sufrimientos, la había imaginado menuda y frágil. Sin embar-

go, tenía un aspecto bastante robusto. Pero estaba hinchada, según se dieron cuenta después y les dijeron también los médicos. Tenía los ojos grandes, las mejillas regordetas, un tupido flequillo negro. La madre adoptiva vio que tenía en los lóbulos de las orejas los agujeros para los pendientes, cosa rara en una niña de la que no se había ocupado nunca nadie en absoluto.

En Racconigi, los médicos averiguaron que tenía los tímpanos perforados, una infección vaginal y los pabellones de las orejas llenos de insectos.

Durante el viaje la niña se había encariñado con el padre y, en cambio, al principio rechazó a la madre. Pero esto duró pocos días. La madre se convirtió enseguida a sus ojos en el centro del universo.

Aprendió italiano con rapidez. Al principio le oían repetir siempre una palabra en su lengua, *tamaná*. Pero una vez que el padre le dijo *tamaná* se enfadó y se escondió debajo de la mesa. Evidentemente la palabra *tamaná* era una orden.

Los veinte meses transcurridos en el orfanato habían hecho de ella una niña inquieta. Tenía pesadillas nocturnas, fobias y costumbres extrañas. Al principio buscaba comida en las bolsas de la basura. No quería dormir en la cama, sino en el suelo. Quería lavarse las manos a to-

das horas, como si temiera no estar nunca bastante limpia. Cada vez que sonaba el timbre se asustaba. Los padres adoptivos se esforzaron en inculcarle nuevos hábitos y tranquilizarla. Eran, por lo que después dijeron todos, unos padres excelentes, dispuestos a cualquier sacrificio para que no les faltase de nada a los niños. Dado que ambos trabajaban, cogieron una *baby sitter*. Pasó así año y medio. Serena Cruz quería a sus padres y era muy querida. Quería a su hermano. Ahora era una niña robusta y sana, aun cuando a veces seguía teniendo pesadillas, fobias y angustias. En Racconigi la conocían todos. Aquella familia les parecía a todos una familia contenta.

La casa de los Giubergia, que yo he visto después, es una casita de dos plantas, situada en una calle tranquila, entre casitas similares. Tiene un pequeño jardín y campo alrededor. Los niños jugaban en aquel jardín todo el día. Estaban bien juntos y eran dos niños felices. Él de carácter más tímido, ella más fuerte.

Los detalles relativos a los agujeros para los pendientes, los tímpanos perforados y *tamaná* no los he leído en los diarios, sino que me he enterado por los propios Giubergia, en la visita que les he hecho hace poco y a la que me referiré más adelante.